

LA

MALDICIÓN

DE LAS

PAULAS

FDO.: María

El 20 de mayo de 2020, estoy atenta al teléfono. Acabo de terminar enfermería, sé que me van a necesitar. Hasta ahora, sólo he tenido algún contrato corto. Mi compañera Paula sí, un contrato de seis meses en el Hospital de la Princesa, allí trabaja su madre.

Paula y yo preparamos oposiciones, ella las aprobará antes, seguro, es una estudiante muy brillante y tremendamente vocacional.

Suena el teléfono, una amiga común me comunica que Paula ha muerto de Covid. Se había contagiado hacía unos días, eso ya lo sabíamos, pero nunca esperamos este final en una persona tan joven, tan sana. Tres días en planta, cuatro en UCI, en la misma que ella había estado trabajando. Un covid fulminante.

Paula, 23 años, profesional, fuerte, animosa, alegre, acaba de morir, y ni siquiera tendrá el homenaje de quienes la queríamos.

Antes de colgar el teléfono las lágrimas anegan mis ojos, pienso en su madre, seguro que sigue trabajando, dejará las lágrimas para después, aunque haya perdido su bien máspreciado, porque allí hay otras hijas, otras madres, todas las vidas importan.

Conocí a Paula en la Universidad, yo no inicié nuestra amistad, porque cuando la miraba me parecía tan moderna, tan guapa, tan lista, que pensaba que estaba a años-luz de mi universo cotidiano. Ella contactó conmigo, para prestarme sus apuntes, siempre muy solicitados por otros compañeros, porque los apuntes de Paula eran los mejores de la clase.

Una tarde me invitó a su casa para ayudarme a preparar un examen, a mí, una chica de barrio periférico y de padres en el pueblo. Paula, su casa en el centro de Madrid, con una habitación grande, moderna, bien decorada, llena de luz. Pero eso no era todo, mi amiga me dijo que me iba a presentar a las Paulas, yo no entendía, sabía que su madre se llamaba Isabel.

Abrió la puerta de un salón y quedé anonadada. Muebles de caoba, un pequeño piano, sofás, sillones, mesitas, mullidas alfombras, cortinas de terciopelo, cuando las

descorrió, pensé que había hecho magia, que me había trasladado a otra época. Otra puerta, una consulta médica. El consultorio de su bisabuelo. Una salita de espera aún con las revistas. No faltaba nada, aseo camilla, biombo, instrumental, todo decorado como el salón, señorial y antiguo. Su madre no era rica, pero sí podían mantener esas habitaciones, aunque ellas no las usaban. Su madre se empeñaba en ello, quería recordar a sus antepasados, sobre todo a las Paulas.

Allí estaban, sobre un aparador, muchas fotos familiares, en pesados marcos de plata. Una fotografía en sepia, de 1918, mujer joven uniformada de blanco hasta los tobillos, delantal, cofia y mascarilla en las manos, frente al actual edificio del Museo Reina Sofía, antiguo Hospital General. Esta primera Paula, trabajaba allí, y allí murió de la llamada "Gripe Española", igual que su marido, del que sólo se sabe su nombre, Pedro. Ella escribió un diario de la atención prestada a su esposo en ese hospital, y sobre su propio contagio y los tratamientos, sangrados, oxígeno, aspirinas, aislamiento, mascarillas, las páginas finales, escritas por otras manos. Los Hospitales colapsados, se ensayaron sueros y transfusiones de pacientes que habían superado la enfermedad. Se contagió más de la mitad de la población de Madrid, muchos murieron, quedando cantidad de niños huérfanos. Esta Paula, había estudiado en el Instituto Terapéutico de Madrid, primera escuela para formar enfermeras diplomadas.

En 1915, se creó en España el título de enfermería, que agrupaba a practicantes, varones, matronas, y enfermeras. El diario y la foto, fue el legado que dejó a su hija de cinco años, M^a Isabel, adoptada por una familia de procedencia gallega, con un solo hijo, Juan, estudiante en Santiago de Compostela. A su vuelta, con el título de doctor en medicina, monta una clínica privada en su propia casa. Tiempo después se casa con M^a Isabel, aún muy joven. Tienen cinco hijos, muchas fotos de esta pareja, sus hijos y su nieta, siempre muy elegantes en todas las fotos.

Paula, la mayor nace en 1938, desde pequeña tiene la vocación de los cuidados, ayuda a sus hermanos pequeños, todos varones, y colabora con su padre en la clínica. Obsesionada con su abuela, sigue sus pasos y estudia enfermería en la Clínica San José y Santa Adela. A principios de 1900, el hospital se especializó en enfermedades infecciosas, pero en 1918 al hacerse cargo de esta institución la Cruz Roja Española, se creó una escuela de enfermeras, consideradas éstas ya como profesionales desde

1950, dejando atrás, la antigua imagen caritativa de los cuidados a enfermos. Tres años después, se produce la unión de las tres carreras, unificándose en una sola A.T.S., lo que supone un gran avance para las mujeres, exigiéndose 4 años de bachiller elemental para estos estudios. Allí se fotografía junto a su esposo, practicante en esta institución, y con su hijita, nacida en 1964, en sus brazos. Paula muere de tifus, probablemente contagiada ejerciendo su profesión, y en un momento, en el que, por la mejora en las condiciones higiénicas de la población, y la utilización de DDT, hay muy poca incidencia de esta enfermedad, un caso de mala suerte, aseguran los médicos de la Cruz Roja, que han tratado por todos los medios sanarla. Los abuelos se hacen cargo de su hija, de sólo un año, porque su padre forma otra familia y prácticamente se desentiende de la pequeña Isabel. Fotos, muchas fotos de Isabel, con sus abuelos, con sus tíos, con sus primos. Una niña feliz y una joven hermosa el día de su graduación como D.U.E., que desde 1970, se estudia en la universidad, requiriéndose para ello el bachillerato superior y el C.O.U., Isabel, fotografiada con Pablo el día de su boda. Él, médico en el Hospital de la Princesa. Su hija Paula nace en 1997, cuando ya nadie la esperaba, fue una niña muy querida, fotos de la pareja con la niña, en su trabajo, uniformados, algunas en este mismo salón, la niña jugando sobre la alfombra, en todas se les ve muy felices. Pablo muere accidentalmente cuando su hija tiene sólo 15 años. Isabel, aunque nunca llega a superar la pérdida, sigue adelante con su trabajo y educando a su hija.

Algunas fotos de Paula durante sus prácticas, una foto con su título de enfermera, otra abrazada a su madre, las dos uniformadas de pantalón y chaquetilla blanca.

Mientras Paula cerraba puertas y cortinas, y apagaba luces, me explicaba que su madre no eligió su nombre, del mismo modo que nunca deseó que estudiara enfermería. Su padre, ante las reticencias maternas, se reía, diciendo que los tiempos de sus antepasadas eran otros, que él era médico y no un curandero supersticioso, que ellos vivían en Madrid y, que las pandemias y el tifus eran cosas de otros tiempos y otros lugares.

Ya cómodamente sentadas, sacamos los apuntes, Paula me dijo riendo, que ahora me sería más fácil estudiar la historia de la enfermería, porque sólo tendría que seguir el rastro de sus antepasadas.